

LUIS CORTEST
EDITOR

Homenaje a
José Durand

EDITORIAL **V** *Verbum*

ÍNDICE

LUIS CORTEST, "Forward"	9
LUIS MONGUIÓ y ALICIA DE COLOMBÍ MONGUIÓ, "José Durand (1925-1990)"	11
GEORGINA SABAT DE RIVERS, "Sor Juana: bibliografía. Las ediciones de <i>Fama de Lisboa y Barcelona, 1701</i> "	16
AGUSTÍN BOYER, "Programa iconográfico en el <i>Neptuno alegórico</i> de Sor Juana Inés de la Cruz"	37
EFRAÍN KRISTAL, "Fábulas clásicas y neoplatónicas en los <i>Comentarios reales de los Incas</i> "	47
ARNOLD CHAPMAN, "William Cullen Bryant's Contribution to 'la defensa del indio'"	60
CHARLES F. FRAKER, "The Style of the <i>Crónica del halconero</i> "	73
GALO F. GONZÁLEZ, "José María Arguedas y Juan Rulfo: el péndulo ágape y eros"	87
A. ROBERT LAUER, "Caupolicán's Bath in Pedro de Oña's <i>Arauco domado</i> and its Dramatic Treatment in the Spanish <i>Comedia</i> of the Golden Age, with Special Reference to Ricardo de Turia's <i>La belligera española</i> , Lope de Vega's <i>El arauco domado</i> , and Francisco de González Bustos's <i>Los españoles en Chile</i> "	100
VÍCTOR ARIZPE, "Apuntes para una edición crítica de <i>El Hermitaño y Torres</i> , de Diego Torres de Villarreal"	113
JOSÉ ANADÓN, "Colonialismo lingüístico y defensa del indígena: El concepto 'bárbaro'"	127
SANTIAGO GARCÍA-SÁEZ, "Una interpretación de la conquista de México por Hernán Cortés en el poema épico de D. Pedro Montengón"	160
LUIS CORTEST, "Divided Loyalty: Alonso de Cartagena and Spanish Humanism"	170
JERRY R. CRADDOCK, "A Small Old Spanish Mystery: Why Wasn't * <i>did(e)</i> he First Singular Preterite of <i>dar</i> 'to give'?"	183
JOSÉ PASCUAL BUXÓ, "Bernardo de Balbuena: el arte como	

artificio"	189
ANTONIO CORNEJO-POLAR, "Los discursos coloniales y la formación de la literatura hispanoamericana".....	216

Forward

LUIS CORTEST

It is indeed difficult to write about José Durand, even at a moment like this when we have come together to honor him as a colleague, a teacher, a scholar and a friend. José Durand was unlike anyone else one could ever meet. He was, at once, a zealous defender of his home country, Peru, and an absolutely urbane cosmopolite, whose interests ranged from the folkloric and popular to the sophisticated and obscure. He loved the "*Doce pares de Francia*" as much as the rarest *incunabula*. At the funeral service in Lima there were people present from all social classes. Durand loved life in all its complexity, he had an extraordinary ability to enjoy life. That is why so many of us now miss him so; we miss the profound understanding he had of life and the great compassion he had for those who struggled through life. Many of his closest friends and associates were people he had helped at some difficult moment. This was especially true of his students, who always knew that he was there for them when they needed his support.

No one knows how many students were inspired by José Durand. His classes on Colonial literature were always memorable. This was probably true because his love for the present was surpassed only by his love for the past. If ever anyone lived in two epochs simultaneously, it was Durand. He was for many of us the model of how a scholar should embrace his work. In fact, he had so mastered the life and works of Garcilaso de la Vega, that Juan Rulfo referred to him simply as "El Inca". The transformation of the scholar into the author was almost complete in Durand's case. José Durand had read all of the books in Garcilaso's library and he loved those works enough to spend forty years collecting them. The Colonial world of Garcilaso, Bernal Díaz and Sor Juana was also Durand's world. For many of us, that strange and remote world we had never imagined has, because of Durand's inspiration, become our world also.

The studies collected in this short *homenaje* represent a very small tribute to a man who has left an everlasting impression on all of

us. Some of the contributors, like myself, are former students of Durand, others were colleagues at the University of Michigan and the University of California, Berkeley. Still others were friends, who loved and respected the man that this volume honors.

José Durand (1925-1990)

LUIS MONGUIÓ
University of California
Berkeley, Emeritus

ALICIA DE COLOMBÍ-MONGUIÓ
SUNY, Albany

Alto, enhiesto, corpulento, cabello azabachino, boca generosa, clara voz sonora, con su porte y su intelecto llenaba toda habitación donde entraba, de la sala señorial a la de clase, del café de la esquina cotidiana a los graves salones de conferencia y a los festivos palcos del concierto, no sólo con la presencia, sino con la palabra. Su ingenio se holgaba tanto en la agudeza de una charla y el desgarro de un chiste, como en la sensatez del juicio crítico y la erudición de su discurso: José Durand, el humanista, estaba siempre en su circunstancia.

Durand tan vivo en el recuerdo ... Ya en Berkeley, esgrimiendo con Antonio Rodríguez Moñino puntos de bibliografía y bibliofilia, entre exquisitez de incunables y variantes de manuscritos. Ya en su Lima, platicando con músicos del pueblo sobre el ritmo exacto de una pieza antigua para demostrarlo en el "cajón." Tanto en lo grave como en lo lúdico caracterizaba a José Durand el afán de lo genuino y el fervor por lo perfecto.

Por su solidez y seriedad, por la amplitud en el alcance y la precisión en el detalle, sus investigaciones son modélicas. Virtudes sin duda aguzadas cuando no aprendidas de maestros tales como Mariano Iberico y Francisco Miró Quesada en el Perú, y en México con Alfonso Reyes, José Gaos, Agustín Millares Carlo, Amado Alonso y Raimundo Lida. Todos ellos hubieron de sembrar en la tierra fértil de la innata inteligencia del joven Durand, tan lúcida en el análisis como en la síntesis. Si apasionado por las bellas letras y por la historia cultural, no lo fue menos en campos de la filosofía por sus estudios de estética. Amante de las artes, amaba el artefacto bien hecho; de ahí su placer de hojear una edición del siglo XVI y el de pergeñar por su cuenta un artículo diáfano de inteligencia y elegancia, la "bien torneada urna" del poeta en el torno preciso de su artesanía crítica.

Por cierto, ha habido eminentes estudiosos del Inca Garcilaso antes de José Durand, pero ¿quién sino él —en las mismísimas edicio-

nes que fueron accesibles a Garcilaso, tomo a tomo y obra por obra—supo reconstruir tanto en artículos memorables como en su propia biblioteca del Inca? En los estantes del estudio de Pepe revivieron las lecturas, la erudición, las fuentes vivas del pensamiento del Inca, aquello que como humanista le fue más familiar, más suyo y hasta más íntimo. Gracias al fervor necromántico del estudioso moderno, Garcilaso estaba allí siempre en presencia. Al alcance de la mano, en esos anaqueles de California se palpaba la biblioteca de Montilla. Así Durand, casi en todo momento, vivió con Garcilaso hecho ya su coetáneo; de noche en noche y de vigilia en vigilia aquilató la erudición de su compañero de cuarto, buscó los orígenes y trazó la trayectoria de su pensamiento al hollar con la propia planta la retornaba huella de Garcilaso. En la biblioteca de Durand las obras del Inca volvían a respirar junto a las muchísimas que las alimentaron, españolas, italianas, clásicas, las de los modelos antiguos, los ejemplos renacentistas, las de los coetáneos del peruano, las de esos cultísimos amigos que iluminaron las doctas soledades de Córdoba y Montilla.

Acompañarle a visitar una biblioteca en venta en el Perú, a rebuscar por librerías anticuarias o por meras librerías de viejo en Lima, en Arequipa, en San Francisco, era siempre una renovada sorpresa. Ese hombre de vista defectuosísima la tenía de lince para ver, distinguir y hallar infaliblemente, entre balumbas de tomos indistintos, el libro raro, el folleto inaccesible, el útil legajo de documentos antiguos, el curioso pliego de cordel. En él la erudición bibliográfica se hacía cómplice de un olfato que sabía husmear el papel impensado; era suyo el arte de buscar lo añejo y encontrar lo único. Cuántas veces, venía a visitarnos con un cancionero petrarquista o un volumen dieciochesco, y sobre todo con la misma alborotada ebullición con que comprara sus primeros hallazgos. Rastreador de maravilla, sin cesar se le remozaban entusiasmo y alborozo, y así nos regalaba la alegría.

Con sus descubrimientos, estudios, notas y ediciones de la *Gazeta de Lima* y de la *Guía* de Unanue, lo que había hecho para la época de Garcilaso logró también para el ambiente de los siglos XVIII y XIX peruanos. Sus libros garcilasistas y numerosos artículos sobre el Inca, su contorno y sus contextos, sus obras y ediciones setecentistas, no agotaron sus intereses. La historia social de los conquistadores, la natural de las Indias (¡ese precioso *Ocaso de sirenas*!), la de las ideas en la España y América del Siglo de Oro y de la Ilustración, los romances americanos y las décimas criollas, a todo ello atendió, enriqueciéndonos.

Entre los libros suyos, *Ocaso de sirenas* fue tal vez su preferido. Publicado en 1950, y muy revisado y acrecentado en 1983, esta obra ofrece una rara mezcla de saber y creatividad. Durand tomó como punto de partida ciertos pasajes provenientes de cronistas, historiadores y viajeros en Indias referentes a la vaca marina u otros animales análogos, alguna vez confundidos con las clásicas sirenas. Pasajes que son en sí mismos piezas deliciosas que oscilan entre la verdad y la fábula; pero más encantadores son todavía los que Durand modestamente denominaba sus comentarios sobre esas historias. Véase, por ejemplo, el sabio y divertidísimo capítulo titulado “El problema canónico del manatí,” en el que sabrosamente nos da la nómina de los usos gastronómicos que de esos animales hicieron los conquistadores, señalando luego las dudas que se les ofrecieron de si eran carne o pescado, y por ende de si se podían comer o eran prohibidos en días de abstinencia. ¿Quién al leer estas páginas no coincidiría con el juicio de Alfonso Reyes? Porque en verdad *Ocaso de sirenas* encierra cuanto éste definió certeramente: erudición, humorismo, fantasía; poética, deleitable lectura.

Los estudios del pasado no le inhibieron la consideración de autores de nuestro tiempo. Asturias, Cortázar, Paz, Monterroso, Pacheco fueron objeto de su crítica, y siempre de su amistad. Porque en su fondo más íntimo vivía el creador puro. Cuando allá en 1952, en una de mis visitas a Lima, lo conocí, me mostró varios cuentos que había escrito, y de los cuales apenas uno o dos habían sido publicados en la prensa local. Recuerdo “Gatos bajo la luna.” (Los gatos, otra de sus grandes aficiones...). Era Pepe escritor casi secreto, reticente a la publicación que sus amigos le aconsejaban con insistencia. Hace sólo pocos años decidió que ya era hora de que esos cuentos conociesen hogar más propicio que el oscuro cajón de su escritorio. Y así seleccionó de entre muchos más, once de ellos para un esbelto libro, *Desvariante* (1987). Con uno de Lope, lleva por exergo la frase de José María Eguren: “El esquema de la eternidad es el ritmo.” Palabras justas para definir estos relatos. Testigos somos de cómo al preparar la obra para la imprenta Pepe tocó y retocó sus manuscritos. En nombre del ritmo cambiaba aquí una palabra, allá una coma; en aras de la cadencia desplazaba un vocablo; la línea melódica de la frase le exigía cercenar un adjetivo o duplicarlo; el tono del párrafo lo conminaba a un áspero punto y aparte, o a la diluida fugacidad de los suspensivos.... En este auscultar el rítmico latido en el corazón de la palabra, de cada una de sus palabras, ya en el atropellado